

LA QUE NO CORRE, VUELA: AJETREOS MATERNOS EN EL ARTE

CARMEN PINEDO HERRERO

Doctora en Historia del Arte y licenciada en Historia Moderna. Ha publicado seis libros sobre temas artísticos y diversos capítulos en obras colectivas y catálogos de exposiciones. Colabora con diversas publicaciones periódicas.

Las madres, lo sabemos, son seres atareados. Aparte de los trabajos que, como cualquier otro humano, desarrollan, la maternidad les confiere una serie de quehaceres específicos: la lactancia, el cuidado de los niños, su educación... Todas estas ocupaciones se hallan presentes en las representaciones artísticas, a lo largo del tiempo.

Si dejamos al margen lo que Pascal Quignard denomina “la imagen que nos falta”, la prime-

ra tarea es la de la gestación. Algunas de las mal llamadas “Venus” paleolíticas muestran marcados rasgos de gravidez. Surge aquí una pregunta: ¿hablamos de imágenes de diosas o de mujeres? Celebración, magia de la fecundidad de los hombres y de los animales: diosas, se dice. Mejor, mujeres. Mujeres cuyos embarazos, partos y demás empeños maternos figuran, junto a sus trabajos como recolectoras, tejedoras, pastoras, horticultoras, chamanes y otros, entre la riquísima y variada iconografía femenina del arte rupestre mediterráneo.

Antes de proseguir con esta larga gestación y de dar a luz o, más bien, de intentar dar algo de luz acerca de la representación artística de los otros trajines maternos, conviene señalar que, durante la prehistoria –también más tarde, pero, durante mucho tiempo, en menor medida-, las mujeres no fueron solo objeto de la figuración pictórica o escultórica, sino, como indican algunos estudios, fueron también sujeto, autoras de las obras.

Regresemos, ahora, al vientre de la madre: un vientre cuyo posible abultamiento velan los plegados de los ropajes que visten las matronas romanas, pero que se hace ostensible, siglos después, en figuras renacentistas como las de Venus y Flora en la “Alegoría de la primavera” de Botticelli; en las “Madonne del Parto”, como la de Antonio Veneziano, o en el encuentro entre María e Isabel, como en la “Visitación” de Rafael. Son tiempos en los que es habitual representar a las mujeres con el vientre henchido, aun cuando no estén embarazadas: se trata de una promesa de fertilidad.



Antonio Veneziano, *Madonna del Parto*, s. XIV, Pieve di San Lorenzo, Pontassieve.

DOSSIER MATERNIDAD

Una promesa no siempre cumplida: Jeanne o Giovanna Cenami, la esposa de Giovanni Arnolfini, no tuvo hijos.

Vamos a retroceder un poco para encontrarlos con unos vientres sin veladuras, hasta el punto de que nos muestran a los niños acurrucados en el interior de los cuerpos de las madres. Lo hallamos en el arte bizantino y también en miniaturas de obras de Hildegarda de Bingen, la mística abadesa alemana del siglo XII.

Mucho más normales son los embarazos que nos muestran los artistas más próximos a nuestros tiempos, como los del bello retrato de la condesa de Chinchón pintado por Goya o los no menos bellos cuadros de Klimt, entre muchos otros. Un gesto frecuente, en estas y otras imágenes de mujeres encintas, es el de las manos cruzadas ante el vientre o apoyadas sobre él, en ademán protector.

El embarazo llega a su fin. Ha llegado el momento del alumbramiento. Las parturientas son representadas en diversas posturas, solas o auxiliadas por otras mujeres, en las pinturas prehistóricas del arco mediterráneo, en esculturas mochicas –en el actual Perú–, en bajorrelieves egipcios y romanos, en miniaturas medievales o en iluminaciones persas del siglo XVIII. Un gran interés por la representación de partos forzados a través de la cesárea surge en Occidente hacia el siglo VII: Julio César nace una y otra vez en las páginas de los manuscritos miniados. Esta inclinación se vincula con el interés por los temas médicos. Son numerosas, también, las obras de arte que

recogen el momento posterior al parto. La madre yace en la cama mientras otras mujeres se ocupan del recién nacido, que aparece fajado en ilustraciones como la del nacimiento de Luis VIII en las *Grandes Chroniques de France* o en frescos como el nacimiento de la Virgen, pintado por Giotto en la capilla Scrovegni de Padua. Es el momento del “pásamelo” de la mujer que tiende los brazos, la sonrisa de quien sostiene al bebé en su regazo, el agua vertida desde una jarra, la fruta, las visitas, en los frescos de Ghirlandaio en Santa María Novella, de Florencia. Es el tiempo, asimismo, de las numero-

sas representaciones del nacimiento de Jesús. Nació el niño: requiere su alimento. Comienza la lactancia, representada en pinturas prehistóricas, imágenes egipcias de Isis y Horus, sarcófagos romanos, frescos pompeyanos, imágenes cristianas de la “Virgen de la Leche”, cuadros de Renoir, Picasso y muchos otros artistas de todas las épocas. Sería imposible escoger una sola obra entre tantas, tan bellas. Tal vez, una de las elegidas –una entre otras– sería *La tempestad*, de Giorgione, con las figuras de la joven madre y su hijo inmersas en una naturaleza que, desde el lienzo, no cesa de interrogarnos. Otra imagen, tierna y sorprendente, es la que nos ofrece José de Ribera con el retrato de Magdalena Ventura, la mujer barbuda, ofreciendo el pecho a su niño en compañía de su marido.

El trabajo continúa. No basta con alimentar a la pequeña criatura. Hay que ocuparse de su aseo: bañarla, secarla, peinarla... Acuden de inmediato a nuestra memoria las numerosas pinturas de Mary Cassatt centradas en la temática infantil: ahí están los barreños llenos de agua, las toallas, los peines... y también los abrazos que arrojan a los pequeños. Pensamos, asimismo, en las obras de Kitagawa Utamaro que tanto influyeron en Cassatt.

La mujer pintada –también la mujer real– juega con el niño, le acompaña, le adormece, le vigila incluso mientras ella se ocupa de otros trabajos, le educa.

La educación, en los primeros años, es tarea de las madres. Una vez más, las obras de arte de todos los tiempos nos muestran esa acti-



Domenico Ghirlandaio, *Nacimiento de San Juan Bautista*, 1485-90. Capilla Tornabuoni, Santa María Novella, Florencia.



Giorgione, *La tempestad*, 1508 ca.
Galería de la Academia, Venecia

vidad docente desempeñada por la mujer con hijos. Entre las enseñanzas que imparten, se encuentra, desde que la escritura hace su aparición entre nosotros, la de las primeras letras. Un asunto muy frecuente en la pintura religiosa occidental es la de la educación de María por parte de su madre, Ana. Accedemos, a través del arte, a un espacio de intimidad presidido por el libro, las manos de la mujer y de la niña, la luz y ese ambiente de silencio y recogimiento que vemos en el cuadro *La educación de la Virgen*, atribuido a Georges de La Tour.

¿No descansan nunca, las madres? Aunque en ocasiones las veamos sentadas y, en apariencia, inactivas, no nos equivoquemos: ejercen su función de trono. Isis, las figuras femeninas sedentes con un niño en el regazo procedentes de yacimientos púnicos e iberos, la *Mater Matuta* etrusca y romana, María como *Theotokos* –trono de la sabiduría, de la divinidad: en lo humano, una madre, sentada, sostiene a su hijo-. El trono, en algunas representaciones de Ana, María y el niño, es triple: sobre la abuela se sienta la hija y madre; sobre esta, el niño. Algunas versiones

de esta *Santa Ana Triple* son muy simpáticas, porque las figuras de María y el niño, sobre las rodillas de Ana, son muy pequeñas, como si se tratase de muñecos con los que la abuela se entretuviese jugando. Es lo que sucede con una talla en madera, del siglo XIV, conservada en el Museo del Prado.

Podríamos hablar de otras versiones menos amables de la maternidad en el arte. El dolor de la madre ante la muerte del hijo –la *Pietà*–; las madres que intentan defender a sus hijos –la *Matanza de los Inocentes*– o, por el contrario, la madre que los mata: Medea. Solo Creófilo de Samos defiende su inocencia: en su obra *La toma de Ecalia*, fechada hacia los siglos VII-VI a.C., afirma que Medea fue calumniada

por los verdaderos asesinos de los niños, los corintios. Quién sabe.

Podríamos hablar también de los usos propagandísticos del tema de la maternidad. Los excelentes retratos de María Antonieta con sus hijos, pintados por su amiga Louise Élisabeth Vigée-Lebrun, estaban destinados a refutar las críticas que recibía la reina, al presentarla como modelo de buena madre.

Podríamos hablar de las numerosas versiones edulcoradas de la maternidad, o de las interpretaciones críticas que cuestionan los estereotipos sobre el tema.

Podríamos hablar de muchos otros asuntos relacionados con la representación de la maternidad en el arte, pero hemos preferido centrarnos en las múltiples ocupaciones de las madres: ni siquiera convertidas en pintura o escultura se detienen. A veces, de tan atareadas como están, parece que vuelen...

La más temprana imagen de la maternidad que hasta ahora conocemos, por cierto, no representa a una mujer ni a un niño, sino a un ave y su cría.

¡Qué revuelo de humanos en el aire! En el aire, en la tierra, en el arte. ●